



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Vicerrectorado de Cultura y Sociedad

# La perseguida

Ylenia Perera Perera



DIPLOMA 2017

# La perseguida

Ylenia Perera Perera

# **La perseguida**

*Sra. WR*

Que hace tiempo que me persiguen ya lo sé, no es nada nuevo. Me llevan persiguiendo desde primero, y puede que desde mucho antes, puede que desde el bachillerato o la ESO, puede que hasta vinieran siguiéndome los pasos desde la cuna. Lo único de lo que puedo estar segura es de que en primero estaban ahí; estaban ahí desde el primer día en que pisé esta universidad fragmentada, y aunque he querido huir tantas veces como un animalillo asustado de campus a campus no he podido librarme de esas sombras alargadas que se me enroscan en el cuello como víboras y que me asfixian periódicamente en días señalados del calendario.

Yo sabía que estaban ahí. Lo anunciaban los bloques kilométricos de las leyes y aparecían constantemente en las bocas de los veteranos, de los docentes, de los adultos que ya le habían visto a la gallinita los huevos y sabían que no eran de oro sino de barro malformado. ¡Pero una qué sabe!. Cuando se es joven las advertencias de los viejos son un murmullo que se pierde en medio de las corrientes de un futuro esperanzador que se gesta en las ilusiones de los muchachos, los pobres muchachos, que quieren creer que existe una oportunidad para el cambio o que alguno de ellos puede ser el mesías prometido desde tiempos inmemoriales. Quisiera volver a ser una de aquellas niñas crédulas, como en primero, pero los años no perdonan y ya no se puede seguir siendo muchacho en las postrimerías de cuarto.

Les vi la cara los primeros días de mi vida universitaria. Estaban agazapados en una esquinita de mi conciencia. Para sobrevivirme tumbé una cuajada de velos blancos por encima de las sombras y me abandoné a una serenata de risas y fiestas mezcladas con matices lingüísticos y nociones básicas de teoría de literatura. A ratos, en medio de las clases, veía al maestro dominar el espacio como si fuera suyo, domar las palabras porque eran suyas, y me perdía, risueña, en la fantasía inocente de que un aula universitaria podía volver a ser, como en los tiempos fundacionales de Alfonso X el Sabio, un "ayuntamiento de maestros y escolares, que es hecho en algún lugar con voluntad y con entendimiento de aprender los saberes". Con qué definición tan sencilla podrían irse a la basura tantos tomos de regulaciones y leyes, de prisiones y leyes, de cadenas y látigos y leyes. Había profesores que lanzaban al aire un grito desoído de reafirmación y de libertad, y todos nos íbamos a casa con la firme disposición de cambiar el mundo a partir de mañana, pero al día siguiente volvíamos a madrugar para firmar las listas de asistencia con un número identificativo que escondía nuestros nombres, y la llamada de auxilio del docente se transformaba de nuevo, año tras año, en una mera anécdota que pronto pasaría a archivarse en los colosales depósitos del olvido.

Con el paso del tiempo, las sombras fueron adueñándose no solo de las esquinas de las clases, sino de las patas de las mesas y de los marcos de las pizarras. El espacio iba tiñéndose de negro sin que nosotros, los estudiantes, alcanzáramos a advertirlo en el trasiego de clases y clases. Nadie pudo evitar que, pronto, las sombras fueran colándose también por las junturas del tiempo. En busca de respuestas miraba a mis compañeros, y no tardé en descubrir que yo no era la única a la que le estaban pisando las huellas. A dos semanas de la convocatoria extraordinaria, vi a una compañera secándose las lágrimas con un pañuelo arrugado. A ella también la andan siguiendo, lo sé, porque todos nosotros somos ratones y ellos son gatos al acecho, esperando para cazarnos con las garras afiladas y los colmillos relucientes.

Me persiguen. Notaba la presencia acosadora por los pasillos de la facultad y en las mesas de la biblioteca. A ratos miraba hacia atrás y me parecía ver mi vida anterior envuelta en una niebla extraña, parecida a la que llevaba meses impregnando las ventanas de las aulas. Hubo un día, tras una clase de literatura especialmente reveladora, en que nos encontramos a la salida de la universidad unos barrotes de hierro que cerraban la puerta.

—Han llegado hasta a los templos de letras —dijo alguien.

Me giré, en busca del dueño de la voz. No vi a nadie. Miré a la puerta; los barrotes tampoco estaban. La rutina no pudo ya desenvolverse con normalidad. Desde entonces me parece que el cielo sobre esta ciudad es un poco más oscuro. Algo estaba pasando, y yo lo sabía, y ninguno de nosotros podría hacer nada para evitarlo.

El clima en las aulas se volvía cada año más asfixiante, el tiempo se retorció y se apretaba, y el profesor llegaba a las clases jadeante, intentando hablar de poesía y significados con la soga echada al cuello, atado en corto, como alguien dijo que se debe vivir para que "no se rompa el sistema". Fue a mediados de segundo cuando advertí que los profesores, todos ellos, se miraban las espaldas cada quince minutos, y entonces comprendí que, como yo, también estaban siendo perseguidos. Quedé unida a ellos desde aquel momento por los lazos de la solidaridad, y se rompió entonces frente a mis ojos esa lente gélida, casi antinatural, que le priva al profesor, a cualquier profesional, de su humanidad y lo convierte en un simple instrumento funcional destinado a poner en marcha una maquinaria enorme cuya utilidad siempre la conocen esos seres difusos a los que llaman "los de arriba".

Llegar a la vida adulta, al final, es algo así como comprobar que los mayores no están aquí para salvarnos sino que ellos han depositado en nosotros sus esperanzas de juventud, de arreglar lo que no se pudo en otros tiempos. Andaba por la universidad cada vez con un ritmo más rápido, y a finales de segundo mis compañeros eran sombras fugaces de palabras breves, sombras con libros, atletas con las metas perdidas, hormigas que iban a esconderse día tras día en los mismos agujeros abiertos en las paredes. En medio de todas estas cosas, todavía sacaba unos minutejos al día para desfilarse sobre los versos, siempre en silencio y de puntillas, no fueran a descubrirme los perseguidores que acariciaban el respaldo de mi asiento. A la una de la tarde pisaba siempre el césped y desfilaba por la acera arbolada hasta llegar a la cafetería, donde me esperaban dos ojos sonrientes detrás de un cortado recién hecho. Él era ya un hombre, como yo era ya una mujer, pero me pareció que sus ojos brillaban como ojos de muchacho, y me perdí con él en enredos y discursos juveniles, a ratos metafísicos y a ratos sobradamente mundanos, con el fin secreto de escapar en aquellos ratos de los perseguidores que habían empezado, incluso, a ponerme a temblar en sueños.

Encontré en amigos y amores la panacea a esa angustia que me oprimía aquí dentro, y busqué gestos amables en manos universitarias, para convencerme de que había una manera de engañar a los perseguidores, de virar en una esquina y luego en otra, hasta que nos perdieran la pista y no volvieran a encontrarnos. Pero una tarde de tercero observé, aterrada y dolida, que hasta el mimbre de las sillas se estaba pudriendo, que detrás del mostrador de la cafetería estaban ellos, que ellos nos observaban hasta en el poso del café. No estamos a salvo en ninguna parte. Ya no sé dónde esconderme para leer poemas sin que me aplasten sus miradas reprobatorias.

En medio de tercero ya todos sabíamos que éramos los perseguidos. Hicimos a un lado los libros y los bolígrafos que nos habían llevado, en un principio, a meter las manos en este bosque de piedras preciosas, y llegamos a la conclusión, todos a una, de que valía más salir del bosque antes de que nos atraparan que detenernos a observar el crecimiento de las rosas. Habían llegado hasta los templos de las letras para derrumbarlos con la rigidez del amo que azota al esclavo; habían llegado hasta nosotros para escupirnos en la cara y demostrarnos, con púas y látigos, que a todos se nos puede meter en cintura, que nadie sale de aquí sin corsé, que aquí no hemos venido a pensar ni a cuestionar ni a volcar las estructuras ancestrales sino a rellenar papeles y a decir sí, y que el docente ya no tiene ni poder ni alas porque son "los otros" los que mandan y ahora la llamada libertad de cátedra solo es libertad dentro de un contrato que estipula hasta el número exacto de veces que

profesores y alumnos deben respirar por semana, no vaya a ser que se aspire más aire del debido y se desinflen la delicada estructura académica a la que venimos amoldándonos todos como mulas porque son los otros, los de arriba, los que mandan.

Ahora en las postrimerías de cuarto me deshago, semiderrotada, sobre un libro y una pila de papeles y una taza vacía de café. Ahora me quedo quieta y con el corazón palpitando, porque sé que los que me persiguen me van a dar alcance, si no he estado atrapada ya en sus garras desde antes de nacer. Todos estos años me los he pasado huyendo, rogando clemencia, pidiéndole al tiempo que me dejara un poco de espacio, que estas sombras asfixiantes me dieran un segundo para volver a escribir, para poder sentarme y empezar a hablar de la vida universitaria, de las pequeñas maravillas que ofrece cuando los que nos persiguen nos dan una pequeña tregua, para poder leer un libro en un sillón de terciopelo verde sin tener que vigilarme las espaldas, para poder hacer lo que vine a hacer aquí, en esta universidad y en esta vida: pensar, aprender, disfrutar, amar, soñar, vivir.

Pero el mundo sigue con su charlatanería. Los aullidos de libertad, los intentos desesperados por darle de nuevo dignidad a la condición humana, se convierten en comentarios de sobremesa año tras año. Y los perseguidores siguen diciendo que hay que tener títulos, que hay que tener dinero, que hay que empezar a trabajar para tener una jubilación el día de mañana, que hay que tener trabajo, que vayas a buscar trabajo, que no puedes perder más años, que tienes que sacar dinero, que tienes que ganar dinero, busca un trabajo, haz horas extras, no te quejes por las horas extras, mejora tus notas, mejora tus notas si quieres becas, no leas, no aprendas, aprueba, aprueba, asimila sin buscar porqués, tienes que tener un título, tienes un examen, no escribas, no pienses, no leas, el paro juvenil afecta a la mitad de los españoles, el paro sube en Canarias, no estudies humanidades, hay que tener dinero, hay que buscar dinero, pasa el tiempo, necesitas casa coche propiedades pertenencias dinero dinero dinero, aprueba cuanto antes, no me dan beca, no habrá trabajo, diversifícate, especialízate, mejora tu currículum, busca títulos para el currículum, acumula títulos, certifica créditos, hay que tener dinero, dinero, dinero...

Los perseguidores me han acorralado en medio del aula y me preguntan qué he aprendido en todos estos años. Resignada y temblorosa, dejo caer por la ventana los libros, los poemas, los apuntes de oro bruñido, los recuerdos y las charlas de cafetería. Y como ya estoy graduada y necesito un contrato fijo donde gastar la vida les respondo:

—Que hay que cumplir los plazos. Que hay que coleccionar cifras.

Los gatos, otra vez, se han comido al ratón.